

La metáfora colectiva

Metodología participada en la arquitectura y el urbanismo

Álvaro Morales Hernández

Álvaro Morales (1963) es Arquitecto. Profesor titular y responsable del Taller de Composición en el Departamento del Hábitat y Desarrollo Urbano del Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente de Guadalajara, Jalisco, México. Ha sido coordinador del Taller de Arquitectura Alternativa de Occidente donde ha realizado diversos proyectos de urbanismo y arquitectura con indígenas y campesinos. Obtuvo el grado de Máster por la UCM. Es autor de numerosas publicaciones. Ha impartido conferencias en México, Nicaragua y España.

This article proposes a methodology of Participatory Action Research as a way of incorporating into the professional practice of architects and urban planners ways of creating non-technocratic spaces that are more sensitive to citizen needs and aspirations. The traditional practices of the field imply unilateral visions on the part of the professional, give primacy to quantitative data over qualitative data, concede a relatively minor importance to social factors, perceive local communities as objects of study rather than active subjects and simplify reality through categories and statistics. Based on this critique of the technical construction of professional practices, which ignore the perceptions and aspirations of the user, the author proposes a participatory alternative to traditional project and planning methodologies. This methodology would have the following phases: investigation / diagnosis, including quantitative and qualitative data, together with techniques of involvement; feedback on diagnosis / evaluation; construction of the collective metaphor; participatory design; preliminary plan; feedback on the preliminary plan / evaluation; project; presentation to the community; final project; planning and scheduling; implementation; final evaluation.

Este artículo propone una metodología de Investigación Acción Participativa como medio para incorporar a la práctica profesional de urbanistas y arquitectos formas de construir los espacios no tecnocráticos y que sean más sensibles a las necesidades y aspiraciones de los ciudadanos. Las formas tradicionales de la práctica implican visiones unilaterales por parte del profesional, priman la información cuantitativa sobre la cualitativa, conceden un menor peso relativo a los factores sociales, perciben a las comunidades locales como objetos de estudio y no como sujetos activos y simplifican la realidad a través de categorías y promedios. Partiendo de esta crítica a la construcción técnica de la práctica profesional –que ignora las percepciones y aspiraciones de los usuarios– el autor propone una alternativa participativa a las metodologías tradicionales de planificación y proyecto. Esta metodología tendría los siguientes estadios: investigación / diagnóstico, incluyendo información cuantitativa y cualitativa junto con técnicas implicativas; devolución del diagnóstico / evaluación; construcción de la metáfora colectiva; diseño participativo; anteproyecto; devolución del anteproyecto / evaluación; proyecto; presentación a la comunidad; proyecto ejecutivo; programación; realización; evaluación final.

●

Como en tantas otras actividades en las que el profesional ha venido sustituyendo al usuario, en la arquitectura y en el urbanismo se le ha suplantado como configurador de su entorno. Las metodologías clásicas han pretendido ser más científicas en tanto más se alejaban del fenómeno (entiéndase gente, medio natural, medio transformado) y, con esto, el habitante cada día se reconoce menos en su espacio privado, en sus espacios públicos, en su ciudad.

Las técnicas cuantitativas han sido, por mucho, la fuente de información básica que avala los proyectos en el área de la arquitectura y el urbanismo. De esta manera, las ciudades, los espacios públicos y los privados van configurándose conforme a una rigurosa documentación de orden numérica. Las ciudades que habitamos, los espacios donde socializamos, donde somos, son el producto de la interpretación de unos números, más o menos fiables, más o menos científicos por parte de los especialistas. Pero a fin de cuentas, un arte para el hombre –como lo es la arquitectura– tiene su fundamento en cifras o en la genial invención de un demiurgo que de estos números hace una pócima constructora del hábitat ideal. Quienes han trabajado un poco en la línea de la arquitectura popular, se sienten más seguros de sus propuestas porque ellos saben y manejan, de manera más intuitiva que rigurosa, técnicas cualitativas y, desde la escasa perspectiva social de un arquitecto tradicional, se diseñan los espacios en base a lo que platicaron con la gente, a lo que la gente les dijo en entrevistas en profundidad, en grupos de discusión, en talleres sobre la casa y la ciudad. Estos profesionales tienen la seguridad de estar haciendo las cosas como la gente lo quiere.

El adoptar técnicas cualitativas, independientemente de los métodos y prácticas, resulta ya un avance cualitativo. Pero, en términos reales, es el técnico quien, desde diferentes métodos, creyendo conocer la realidad, hace las propuestas. Alguacil y Montañés (1999) lo explican de esta manera: “el problema se presenta cuando, desde cierta prepotencia intelectual, se entiende que lo que uno ve es lo que es, o lo que todo el mundo ve, que, ni siquiera como hipótesis, se plantea la polisemia que contienen los diseños elaborados por los profesionales del urbanismo. Se llegará a decir que un diseño urbanístico podrá gustar más o no, pero lo que el técnico ve es lo que todos ven. Desde esta concepción, es habitual que se deje únicamente en manos de los técnicos profesionales del urbanismo la interpretación de las necesidades y deseos paisajísticos de la población”. Si creemos que la arquitectura es la articulación espacial de un sistema de símbolos, veremos que aún, mediante la investigación cuantitativa o cualitativa, estamos lejos de poder saber cuáles y cómo son interpretados esos símbolos que se tienen que conocer, definir y articular en algo que sea espacio.

La materia prima del arquitecto es el espacio, como para el escritor el lenguaje, pero, como cualquier artista, trabaja en base a sentimientos, a anhelos, a emociones, a sueños que se expresan

“Las metodologías clásicas han pretendido ser más científicas en tanto más se alejaban del fenómeno (entiéndase gente, medio natural, medio transformado) y, con esto, el habitante cada día se reconoce menos en su espacio privado, en sus espacios públicos, en su ciudad”

a través de símbolos; los sueños no son asibles, los símbolos o metáforas que los representan a lo mejor sí. De qué manera podemos acercarnos, de qué manera podemos interpretar esos símbolos, cómo es que el profesional del espacio puede, en palabras del arquitecto José Villagrán García, construir la morada integral del hombre, entendiendo como integral la adecuación de la morada a la diversa complejidad de los seres humanos que la habitarán.

En esta época que enarbola como su elemento definitorio la información global, la accesibilidad a todo el conocimiento e internet como la manera de ser y estar en cualquier lugar del mundo, vemos que cuanto más información menos conocimiento. En palabras de Josep María Botey (1999), “disponemos de tanta información, o creemos disponer de tanta información y tener acceso a tanta otra, que, sin darnos cuenta nos convertimos en seres absurdos y soberbios. Esto aún tendría una salida posible, pero lo que no vemos o no queremos ver es que toda o casi toda esta información es superficial, hasta el punto de que sólo nos crea en el subconsciente vacío e insatisfacción”. La intención es, entonces, establecer formas alternativas de construir información de manera participada, que cambien datos por sentidos, números por sueños, textos por contextos, certezas por contradicciones, sabiendo que “las viejas certezas se pusieron en duda y lo natural ya no fue tanto. Los fundamentos indubitables comenzaron a resquebrajarse. Hoy, las construcciones conceptuales que se creían imperecederas muestran signos de profunda descomposición” (D. Najmanovich, 1995). De tal forma nos aventuramos en la idea de que la metodología de Investigación Acción Participativa puede ser la manera en que el arquitecto interesado acceda a las metáforas y los símbolos que toda persona lleva en sí y que le son necesarios en la apropiación individual y colectiva del espacio, desde una metodología que incorpore el saber y el sentir sin pretender llegar a una verdad.

LA METODOLOGÍA Y LO SOCIAL EN LA ARQUITECTURA Y EL URBANISMO

Las metodologías de investigación en la transformación del hábitat, además de ser poco solicitadas por los profesionales, se llevan a cabo mal y tarde. Así vemos que, a decir de I. Sánchez de Madariaga (1999), “La preponderancia alcanzada por la cuantificación en los años sesenta ha cedido paso a una utilización más cautelosa de los datos y a una mayor conciencia de sus limitaciones, especialmente a la hora de analizar hechos no medibles”. Pero esto no ha significado que en las investigaciones se integren las visiones de la población, no significa que nos hayamos dado cuenta que al darle mayor importancia a lo cuantificable –por su pretendida objetividad– sobre lo cualitativo, que al intentar explicárnoslo todo, desde las estrellas hasta el alma, hemos diseccionado el mundo, menospreciando lo no medible, de tal manera las emociones, la belleza, lo ético, los olores, las esperanzas, la ternura, la luz, quedan fuera de nuestros análisis.

No se puede pretender hacer arquitectura, arquitectura de las emociones, sin tomar en cuenta todo lo anterior, es decir, sin contar con los hombres y las mujeres; sus motivaciones y pulsiones más vitales, y sin platearnos que el sujeto y su mundo no son entes abstractos e inanimados, sino portadores de una carga emotiva, simbólica, cultural, valoral, vivencial, pasional y vital que los posibilita como creadores, como forjadores de su propio entorno cargado de su noción de belleza. Lo que resulta evidente en cualquier repaso de la historia de la metodología, por somero que éste sea, es constatar cómo todas las conceptualizaciones humanas son el resultado de la visión del mundo que ese mundo tenía y que, a pesar de ser aún hoy en día útiles, no son suficientes, y de ser liberadoras en el momento que surgen, se convierten en limitantes, cuando no en verdaderas dictaduras que pasan por rasero la gran diversidad de que somos capaces. Por lo mismo, veremos la metodología como un marco, abierto siempre, desde el cual posicionarnos y explotar sus límites, y, sobre todo, en el entendido de que ahora debemos ubicar a la metodología al servicio del sujeto, en beneficio de un conocimiento más cercano a la pasión, a las percepciones y las motivaciones, porque además es lo que nos corresponde históricamente; superar una visión que se basó en los

conocimientos objetivos y supuestamente científicos, eliminado lo subjetivo, lo no medible como algo indigno de los avances de la sociedad moderna.

Por tanto, nos resulta imprescindible abrir nuestras metodologías, y con ellas nuestros procesos, a un posicionamiento menos rígido y excluyente, trascendiendo una visión que resulta ahora bastante parcial y simplista en donde lo que se conoce como objetividad no es más que el resultado de un proceso nada inocente de estandarización, de imposición de verdades para todos.

Es un hecho lamentable, y los productos de la arquitectura actual lo demuestran, que el arquitecto moderno es un modisto del espacio que cada temporada confecciona, según su entender, el ropaje con el que habrá de vestir a los moradores de sus atuendos. Lujosos o pobres, vanguardistas o historicistas de verano o invierno, urbanos o rurales, la arquitectura actual tiene un menosprecio intrínseco por el hombre y su complejidad. El arquitecto, como el poder, o quizá porque el arquitecto se sabe parte del poder, es autorreferencial, es sordo. Trabaja desde la percepción de que su mundo debe ser el mundo para todos y, cuando pregunta, investiga y quiere escuchar a la gente, sólo se oye a sí mismo, se reafirma. Lo que le es dicho sólo lo escucha si empatiza con sus referentes, si coincide con lo que él ya sabía.

“Los modernos producen un único gran monólogo, un discurso cerrado al diálogo, al otro, a la diferencia, reconociendo una sola y monolítica racionalidad, la propia.” D. Najmanovich (1995). Y no es que el arquitecto moderno sea un perverso o alguien que actúe de mala fe, es simplemente que cree estar haciendo lo correcto, que piensa que es capaz de obtener los datos necesarios para entender e interpretar en términos de espacio un contexto y a sus habitantes. El arquitecto moderno intenta justificar sus acciones desde la objetividad; cree en la objetividad como el terreno fértil desde el que nacen sus ideas; cultiva esta objetividad y convierte al sujeto en objeto, y este sujeto objetivado sólo le aporta datos, cifras y números que le son suficientes para el desarrollo de sus proyectos. Hace propuestas objetivas para sujetos subjetivos, contradictorios, cambiantes. Olvida que sólo los objetos pueden ser objetivos y que, por ende, los sujetos siempre seremos subjetivos. Y ve en la subjetividad y la contradicción un erial, un territorio inhóspito del cual se aleja atemorizado; lo desdén. Y desdén entonces la riqueza que da el estar vivos e interactuar con sujetos del todo escurridizos, ingraciables, incomprensibles.

La arquitectura actual, como tantos otros productos del quehacer humano, se ha consumado en el consumo. Aquí ha encontrado ahora su razón de ser, su existencia está determinada y configurada por la fuerza del consumo y el mercado. Pero al consumarse en el consumo también se ha consumido. Se agotó su esencia y ahora tenemos por arquitectura unos absurdos escaparates al ego, al poder, al sinsentido. Los arquitectos hemos sido, desde nuestro atalaya, desde nuestra incapacidad para dar respuestas espaciales adecuadas a los sujetos, cuando menos cómplices. Hemos favorecido el crecimiento de las desigualdades, hemos contribuido a la homogeneización de la cultura y sus manifestaciones, dejando morir entre nuestras manos creadoras la diferencia, las particularidades que nos definen y definían nuestra arquitectura. Hemos adoptado modelos que suponíamos modernos y que nos han alejado de un “conocimiento que nos pertenece y que desdénamos por considerarlo propio de una imagen superada de nuestra concepción de humanos” (Morales, 1999).

En la práctica, se ha recurrido al llamado “Programa Arquitectónico”, pero este es en verdad un conjunto de compartimentos estancos a llenar más o menos organizados y del todo axiológicos, es decir, relativos y parciales, de donde, en el mejor de los casos, lo que se podía obtener al final era una serie de datos cuantitativos sobre el clima, los materiales regionales de construcción, las edades y sexo de la población y algunos otros más que son útiles, pero insuficientes. Estos datos no definen ni remotamente las distintas visiones de la vida humana.

“La intención es, entonces, establecer formas alternativas de construir información de manera participada, que cambien datos por sentidos, números por sueños, textos por contextos, certezas por contradicciones, sabiendo que las viejas certezas se pusieron en duda y lo natural ya no fue tanto”

Los programas arquitectónicos se encuentran llenos de información cuantitativa, como la que se obtiene de las encuestas, donde las preguntas que surgen parecen tener ya soluciones tácitas. Esto es lo mismo que afirmar que si la realidad no es como yo la concibo, peor para ella, y éste ha sido en la arquitectura actual el sustento científico y objetivo en el cual se han fundamentado las grandes obras. Y si preferimos culpar al método antes de culpar al arquitecto y urbanista (porque seguimos apostando por el ser humano), debemos analizar la metodología empleada, o la ausencia de la misma, en la configuración de la plataforma desde la cual se proyectan las obras hoy en día y, para hacerlo de forma comparativa, deberemos enfrentar la lógica de la metodología tradicional con la lógica participativa / implicativa, sabiendo de antemano que al llamarle “tradicional” haremos un proceso reduccionista y parcial, pero útil a nuestros objetivos.

En el método de investigación tradicional, el investigador es un observador externo de los acontecimientos y los procesos sociales de la comunidad, es decir, ni se implica ni se sabe transformado y transformador en el proceso de investigación. Por lo mismo, los resultados de su investigación son de carácter cuantitativo, careciendo de datos específicos y particulares, es decir, de datos que hablen. Por tanto, el investigador-arquitecto impone soluciones más o menos bien intencionadas que él, desde otra situación y, por ende, desde otra perspectiva que la de los sujetos receptores, supone óptimas. Esta situación ha conducido a que, normalmente, la comunidad de sujetos receptores presente dificultades de aceptación y adaptación a las propuestas, terminado en muchos casos por rechazarlas, modificarlas o darles un uso distinto al previsto por el arquitecto. En el siguiente esquema se ponen de manifiesto las principales diferencias encontradas entre ambas metodologías:

LA METODOLOGÍA TRADICIONAL	LA METODOLOGÍA PARTICIPATIVA
El trabajo del investigador es unilateral.	El trabajo del investigador es conocido y compartido por los sujetos
No se interactúa de manera directa con la comunidad	
Al investigador solo le interesan los datos que considera útiles a su trabajo.	El investigador aprende a escuchar, desarrollando su sensibilidad ante los problemas sociales.
Se carece de la aportación cualitativa de los sujetos, la información es de carácter cuantitativo.	Se obtiene información cuantitativa y cualitativa.
El factor social tiene el mismo peso que cualquier otro factor.	El factor social es determinante en las propuestas
Los resultados del trabajo se reflejan en propuestas teóricas, que se llevan a la práctica por una persona distinta al investigador.	Su trabajo se refleja en respuestas prácticas y reales para la comunidad.
Las evaluaciones contienen solo el punto de vista del investigador.	Permite la autoevaluación del proceso, retroalimentándolo para contribuir a que las futuras intervenciones sean más satisfactorias.
El investigador percibe a la comunidad como el objeto de estudio	El investigador establece compromisos y vínculos más estrechos con los sujetos
El investigador busca informarse.	El investigador busca transformarse y transformar
El trabajo y el compromiso se refieren a lo mínimo indispensable.	Exige mayor trabajo y compromiso al investigador-arquitecto
Simplifica la realidad Construye categorías y promedios	Complejiza la realidad Exterioriza las contradicciones
La tecnología y sus aplicaciones son propiedad del investigador	La tecnología y sus aplicaciones se socializan, además se recurre a la tecnología propia y apropiada de la comunidad.
La propuesta está en base a un ciudadano medio	Incorpora en su propuesta la propuesta de cada sujeto individual
Busca la armonía en la unidad	Entiende la armonía como la suma de las diversidades
La investigación e intervención se realiza en un corto período de tiempo.	El proceso es mucho más lento que el tradicional

LA PARTICIPACIÓN EN LAS PROPUESTAS DE CONFIGURACIÓN DEL HÁBITAT

Existe un proceso vital en cualquier experiencia que se considere participativa: la necesaria implicación del participante en la participación, de la praxis como tal, donde el ser humano es el transformador en su propia transformación, en el proceso mismo de transformar y, en el caso que nos ocupa, siguiendo a Aguacil y Montañés (1999), vemos que cuando “la población no participa en la transformación espacial, no sólo tiene lugar una producción del espacio de manera diferente sino que también se producen un tipo de relaciones humanas diferentes que dificultan la participación en la transformación paisajística y, por ende, la constitución de ciudadanos”. Gabriel Dupuy (1992) establece que “la voluntad participativa consiste en remplazar los principios generales y más o menos dogmáticos, que guían habitualmente la acción urbanística, por la expresión de las voluntades de los habitantes o de los futuros habitantes”, pero detecta que el problema de la participación real proviene “del hecho de que los habitantes se sienten extraños al campo del urbanismo. La misma manera de plantear los temas, de delimitar el campo de acción, parece excluir una participación numerosa y activa”. En la arquitectura y el urbanismo, como en la mayoría de las profesiones, se ha desarrollado un discurso, se ha inventado y articulado un lenguaje que protege contra la irrupción de los neófitos, que preserva a los “profesionales” en un sitio privilegiado y que, en definitiva, los aleja de la gente común. Un trabajo que, por lo tanto, se hace imprescindible y urgente es buscar las maneras de acercar los conceptos y el lenguaje, de construir juntos códigos y compartir significados, de aproximar lógicas, en definitiva, de conversar en los mismos términos. Para tal efecto nos serán insustituibles las prácticas que Paulo Freire propone en la *Educación Popular*.

“En el método de investigación tradicional, el investigador es un observador externo de los acontecimientos y los procesos sociales de la comunidad, es decir, ni se implica ni se sabe transformado y transformador en el proceso de investigación”

Con todo lo anterior, se quiere recalcar una búsqueda no siempre consciente ni explícita de los procesos de participación, más allá de lo imprescindible de poder conocer e incorporar todas las voces (todos los discursos) implicadas en las propuestas de configuración del hábitat, y es que lo verdaderamente importante en este proceso es propiciar ciudadanos, acrecentar la ciudadanía, recuperar el espacio de acción y decisión que ha sido cedido al poder público por nuestras democracias representativas.

La configuración del espacio, el hacer ciudad, es un asunto demasiado importante, increíblemente complejo, como para dejarlo todo únicamente en las manos de arquitectos y urbanistas. Y si creemos, o cuando menos así lo hemos manifestado, que el protagonista de la configuración del hábitat es el hombre en su conjunto, la sociedad, y “que el espacio deviene socialmente, se construye socialmente” (Aguacil y Montañés, 1999), qué sentido tiene seguir empeñados en actuar como arquitectos quijotes, solitarios o, si acaso, acompañados de un fiel escudero armado de su ordenador. Y si lo que nos gusta –a lo que no podemos renunciar por nuestra condición de artistas– es a ese sentido del romanticismo literario, acudamos a otro símil igualmente literario y optemos por una arquitectura fuenteovejuna, por un modo de actuar en la transformación paisajística en donde todos seamos protagonistas, en la que todos nos sepamos culpables o absueltos, porque todos somos responsables.

En las nuevas normativas en que se plantean la elaboración de planes y programas urbanos, por moda, o por presión de la sociedad, se exige ahora la participación. Otra vez las buenas intenciones de los técnicos profesionales, pero la instrumentación de esta posibilidad de participación se da en términos únicamente cuantitativos, y cuando se consulta a la gente se hace desde la entrevista con cuestionario estructurado, cerrado, en el que de alguna manera están previstas tanto las preguntas como las respuestas, y desde esta óptica y esta práctica se instituye la legitimación que da el preguntarle al sujeto lo que queremos oír, lo que ya sabíamos.

Entonces la participación se convierte en una formalidad a cumplir para asegurar el consenso sobre las decisiones políticas de antemano tomadas; la participación toma el sentido opuesto al que originalmente tiene y, en lugar de escuchar a la sociedad, oímos una vez más nuestra propia voz, pero ahora convencidos de que es la misma gente quien habla, quien ha decidido cómo quiere su entorno y con la conciencia tranquila, proponemos plazas, calles, edificios y parques, donde el sujeto, que aseguramos ha participado, no se encuentra, y tenemos bellas plazas, espaciosa calles, hermosos edificios, y espléndidos parques, ajenos, vacíos, nonatos en medio de una ciudad moribunda.

“Un trabajo que, por lo tanto, se hace imprescindible y urgente es buscar las maneras de acercar los conceptos y el lenguaje, de construir juntos códigos y compartir significados, de aproximar lógicas, en definitiva, de conversar en los mismos términos”

A continuación se presentan algunos puntos en que el profesional de la transformación y configuración del hábitat podrá ver los beneficios que se obtienen de trabajar de participadamente:

- Se obtiene información más calificada: se consigue un panorama mucho más claro de la comunidad donde se va a trabajar, ya que por más capacitados que estemos, la gente en su territorio siempre sabrá mejor que nosotros qué quieren y cómo les parece mejor resolverlo.
- Se reparte el trabajo: la construcción de algunos datos cuantitativos (datos secundarios) se puede hacer igualmente de forma participada, desde sus posicionamientos que normalmente son más eficaces y eficientes que los nuestros.
- Se tiene relaciones más profundas: en el proceso se traba relación con personas que son informantes privilegiados y pueden facilitar información imprescindible. Estas mismas relaciones facilitan nuestro trabajo, conectándonos a través de sus redes personales con todo el entramado social e igualmente serán estas relaciones y sus redes las que nos faciliten la ejecución de los proyectos y programas.
- Se comparte la responsabilidad: nuestra responsabilidad queda más delimitada al ámbito propiamente técnico. Y al compartir, a la par que responsabilidades, decisiones, impera menos nuestra subjetividad y más el sentir colectivo (los anhelos)
- Los productos son multiautorales: al compartir el proceso en todas sus partes, el producto se mira y se siente como un resultado del trabajo de todos, e igualmente al momento de operativizar la acción, de poner en marcha el proyecto o la obra, se cuenta con la participación, al nivel que ésta requiera, de los sujetos.
- La apropiación es natural: los procesos de apropiación del espacio, que normalmente son el punto álgido del proceso arquitectónico, se dan de manera natural y el sujeto se reconoce en el espacio, no sólo por haber sido tomado en cuenta, sino que se concibe él mismo como configurador de su hábitat, y este sentimiento a la vez que le enorgullece, le compromete con el mantenimiento y el buen funcionamiento de su espacio.
- La evaluación implica a todos: se entienden y se vivencian los errores y aciertos como responsabilidad compartida, como el fruto de un trabajo colectivo, donde está la firma que se hace con la letra de los implicados y el mismo proceso de evaluación es siempre de autoevaluación.
- Todos aprendemos: el proceso, los productos y la evaluación son, a final de cuentas, una forma de aprendizaje que incluye información, formación y transformación, tanto de nuestro contexto como de nosotros mismos. Se construyen colectivamente conocimientos, siguiendo una idea de Paulo Freire y se demuestra que sólo entre todos lo sabemos todo, como lo dicen los indígenas huicholes del occidente de México.

Es por demás evidente que al plantear lo anterior, lo hacemos desde la idea de procesos donde se implique a la gente en todas las fases del mismo y no solamente para recabar información, hacer el trabajo pesado o como mano de obra barata en el trabajo. Es decir, procesos en donde se les incorpore incluyéndoles y dándoles responsabilidad en la investigación, en el diseño, en la administración de recursos, en la construcción de las obras. Sin traiciones ni alianzas en la sombra, sin ceder a presiones externas. Sin ocultamientos estratégicos, ni sorpresas como cuando el diseño

“La configuración del espacio, el hacer ciudad, es un asunto demasiado importante, increíblemente complejo, como para dejarlo todo únicamente en las manos de arquitectos y urbanistas”

que ellos consensuaron se cambia sin mediar razones ni diálogo, tratando de ser en verdad técnicos facilitadores de procesos y no protagonistas de grandes obras, o políticos de intenciones egoístas.

PROPUESTA DE UNA METODOLOGÍA DE INVESTIGACIÓN ACCIÓN PARTICIPATIVA PARA LOS PROYECTOS DE ARQUITECTURA Y URBANISMO

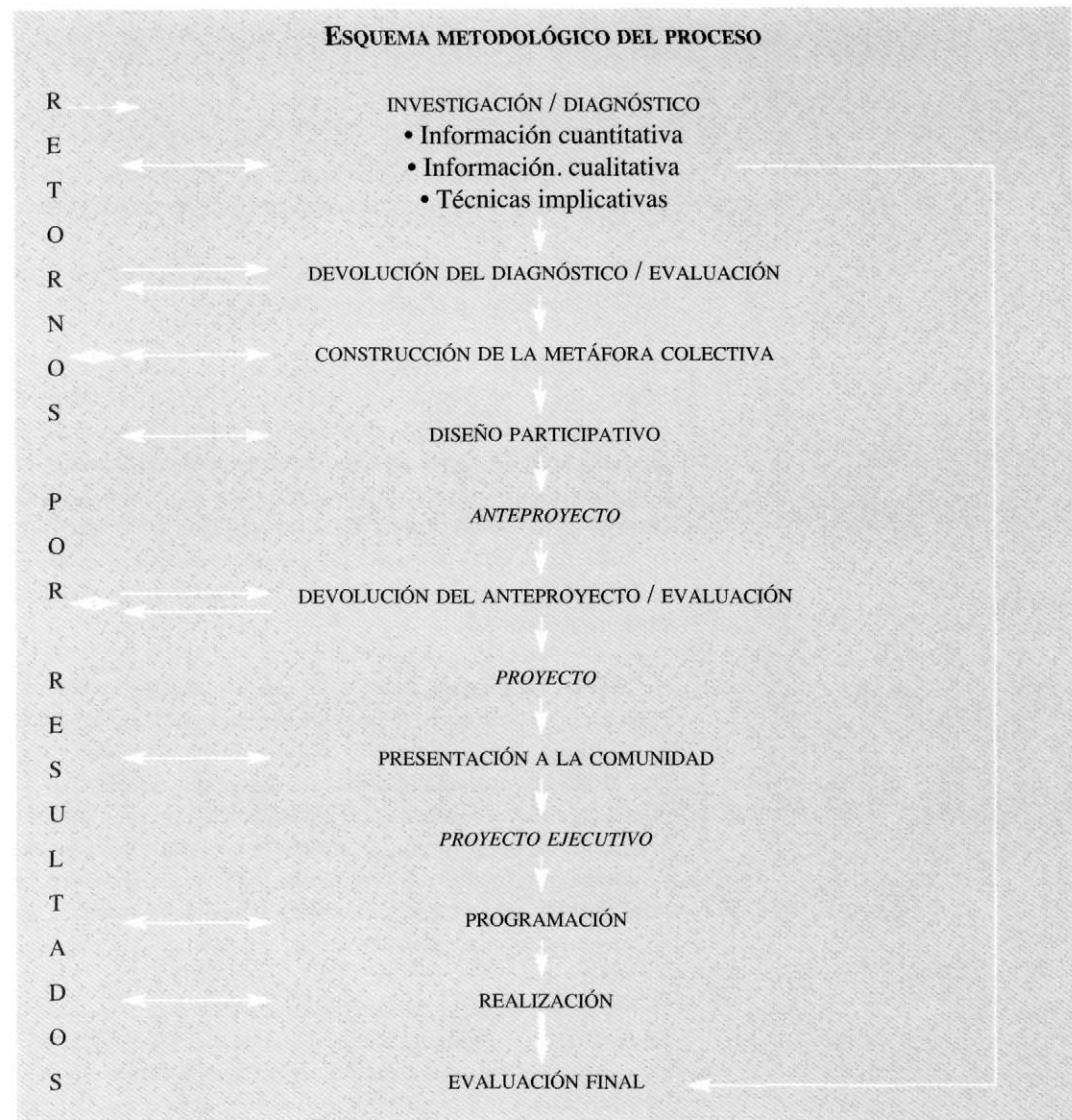
Un principio básico a compartir para los que creemos en la forma participada de configurar el hábitat es que “el espacio arquitectónico expresa una visión del mundo y de la posición del hombre en ese mundo. Como cualquier otro lenguaje, el lenguaje arquitectónico sólo puede ser comprendido si se pone en relación con el contexto cultural que lo produce: la jerarquía de normas y valores de una arquitectura está integrada en la de la cultura correspondiente, que la engloba.” (Bonte, Izard, 1996). Por tanto, si la arquitectura es inherente a la cultura que la produce y que la engloba, nada más coherente que el que sea la misma gente –a la que en un conjunto abstracto se la denomina cultura– quien exprese su lenguaje y sea ese lenguaje el que constituya el texto de la obra arquitectónica.

No se trata, de ninguna manera, de que los implicados en los procesos de participación, es decir la población, haga nuestro trabajo y sea responsable de aspectos tan individuales y solitarios como la propuesta específica de diseño; se trata de que cada parte haga el trabajo que mejor sabe hacer. Que la información sea aportada por quien mejor conoce la situación específica, que la planificación sea realizada con quien la va a operar, y que el arquitecto y/o urbanista como traductor cumpla su trabajo y se concentre en la tarea para la que debe estar mejor capacitado, que será poner en términos de espacio lo que la gente le ha venido aportando. Y que realice otro paso fundamental y pocas veces realizado, que es la devolución, que la población participante y la gente en general conozca, entienda y evalúe la propuesta de diseño.

Es obvio que aspectos como el cálculo estructural o la elaboración de planos ejecutivos no puede ser realizada sin haber mediado un proceso de transferencia de tecnología, por gente de la comunidad no especializada. Ése es trabajo de técnicos y éstos son los responsables. Pero, igualmente, resultaría evidente que otras etapas deben ser realizadas con un involucramiento activo de la comunidad y con responsabilidad compartida. Y que de todo el trabajo “técnico” debe ser informado el ciudadano y que éste decida con el aporte profesional de los técnicos.

Introducir la participación en el proceso no lo hace menos científico, no le resta validez y rigor técnico, sino que refuerza una apuesta científica diferente. De tal forma la participación “no es sólo una exigencia ética sino también científica, dado que para garantizar transformaciones que satisfagan al conjunto de la población es ineludible garantizar que todos, y no sólo unos pocos, aprendan prácticamente, esto es, que se transformen al transformar” (Montañés, M. 2000). Una diferencia básica de partida es cómo, con qué intenciones manifiestas y ocultas y desde dónde se origina el proyecto; si es una iniciativa de los realmente implicados, si es una iniciativa desde el poder o si ésta nace desde alguna asociación de la sociedad civil. El grado de participación dependerá en mucho de este punto de partida, ya que como lo dice Tomás R. Villasante (1998) “las coordinaciones que mejor funcionan son las surgidas desde algún problema concreto, desde grupos populares, con el apoyo de algunos técnicos y/o políticos”.

La participación, por otro lado, no es ninguna concesión del experto; no se está regalando nada. En todo caso, se está devolviendo algo de lo que ha sido despojada la ciudadanía. El político que invita a participar en las decisiones públicas al público no hace más que ser congruente con su función. El arquitecto que le regresa a la gente su derecho a configurar el espacio que habitará sólo tiene el mérito de comprender su papel, de saber su lugar y esto debe ser entendido como la manera de facilitarnos a todos el trabajo, nunca como un gesto de bondad.



Otra diferencia fundamental que se contempla al trabajar desde la sociopraxis es que los procesos se analizan de una manera más abierta y flexible; la planificación no se configura como algo terminado y rígido sino que se establece desde una concepción más cercana a lo que define Tomás R. Villasante como “plan-proceso”, como una planificación participativa desde una lógica de la incertidumbre reflexiva, entendiendo que el proceso se puede bifurcar de múltiples maneras y no se pueden predecir los resultados. Se intenta funcionar sin recetas, por lo mismo se pone más énfasis en el proceso en sí y se otorga menos importancia a los finales, donde lo significativo no es a dónde se llega, sino cómo se llega. El proceso está en constante reflexión y redefinición y en esta idea los objetivos se deben establecer también de manera abierta, capaces de responder a las bifurcaciones y cambios que el proceso determine. Esta lógica también conocida como “constructivismo social” da entrada a planteamientos más artísticos, porque al abrirse a la creatividad se requiere de una gran capacidad de ir haciendo reinterpretaciones y adecuaciones en base a la intuición.

De igual manera, es importante partir de una redefinición del papel del arquitecto o urbanista, modificar su propia concepción de genio creador, por la de coordinador, facilitador y responsable de un proceso participado o, como lo definía Vitruvio, de operario principal. Sin que esto reste valor a su capacidad artística, más bien, que esta capacidad entre en un juego creativo con todos los implicados, que se dé desde un embalaje lúdico de anhelos, motivaciones, sueños, funcionalidades y lógicas de todo el tejido social involucrado o, dicho de otra manera, que la

creatividad tenga como punto de partida y de llegada a los ciudadanos que habitarán los espacios creados. Que lo artístico devenga de una síntesis de lo que la gente anhela, trabajando, como lo propone P. López de Cevallos (1989), con la memoria colectiva, la conciencia colectiva y, sobre todo, la imaginación colectiva.

Es necesario, entonces, que la metodología empleada sea la adecuada para construir la metáfora colectiva, para conceptuar esta metáfora. Entendiendo que “las metáforas suponen una forma eficaz de introducir cambios de actitudes, pues tienen el poder de hacer ver algo desde la perspectiva de otra cosa indicada. La metáfora extiende los límites de la imaginación y nos ayuda a explorar esos nuevos confines, ensanchando diestramente la superficie visible de lo real”. (S. Navarro Pedreño, 1999). Es en este sentido que nos hemos referido a la metodología participada como proveedora de metáforas y que igualmente nos sirve para definir el tipo de metáforas que nos son más adecuadas por su capacidad de englobar, por un lado, y de ser transformadoras por su fundamentación social, por otro.

El proceso

Este proceso, de manera esquemática, poco puede diferir de uno tradicional, pero lo que lo diferencia marca la gran ruptura: la participación en todas sus etapas. También marca diferencias el empleo tanto de técnicas cuantitativas como de técnicas cualitativas y, por supuesto, la construcción de la metáfora colectiva.

PARA QUÉ	CÓMO
Investigación cuantitativa Datos sociodemográficos <ul style="list-style-type: none"> • Números • Datos • Cifras 	<ul style="list-style-type: none"> • Revisión de fuentes secundarias • Encuestas • Entrevistas cerradas • Entrevistas en profundidad con expertos
Investigación cualitativa <ul style="list-style-type: none"> • Palabras • Referentes • Símbolos • Sentidos • Motivaciones • Textos • Contradicciones 	<ul style="list-style-type: none"> • Talleres • Entrevistas semidirrectiva • Entrevistas en profundidad • Entrevistas grupales • Grupos de discusión • Historias de vida • Mapas visuales, caminatas, flujos de casualidad, mapas cognitivos, etc.
Técnicas implicativas <ul style="list-style-type: none"> • Anhelos • Contradicciones • Contextos • Construcciones • Darse cuenta • Sueños 	Creación de Grupo de Investigación Acción Participativa (GIAP) y de Grupo de Seguimiento <ul style="list-style-type: none"> • Socioanálisis • Autoencuesta • FODA • Dinámicas de grupo • Sociogramas y mapas sociales • Análisis de redes • Talleres de devolución y evaluación • Incorporación de la gente en las etapas del proceso • Elaboración conjunta de análisis de textos y resultados, sistematizaciones, sociogramas, etc.

PARA QUÉ	CÓMO
<ul style="list-style-type: none"> • Evaluación • Identificación • Retroalimentación • Directrices • Planeación 	<p>Mediante talleres de devolución participativos</p> <ul style="list-style-type: none"> • Información, reflexión, propuesta • Grupos de debate • Asamblea • Con la involucración directa de cuando menos el Grupo de Investigación Acción Participativa (GIAP) y de Grupo de Seguimiento • Utilizando formas-fondo lúdicas • Obras de teatro • <i>Performances</i> • Parodias • Cuentos • Talleres de dibujo síntesis

“En las nuevas normativas (...) se exige ahora la participación. Otra vez las buenas intenciones de los técnicos profesionales, pero la instrumentación de esta posibilidad de participación se da en términos únicamente cuantitativos”

Investigación / diagnóstico

En esta propuesta se entiende la etapa de investigación / diagnóstico en primera instancia y, siguiendo una idea de Marco Marchioni, como un proceso de compenetración del equipo (interno y externo), de negociación y acuerdos, de identificación, selección y priorización de problemas. Para eso es necesario empezar a adentrarse en la comunidad; conversar con la gente, entrar en las redes existentes, consultar fuentes secundarias que nos ayuden a comprender el territorio, que nos den un lenguaje y referentes cercanos a los que maneja la población: situarnos y desenvolvemos en el medio. Que la comunidad empiece a hablar del proyecto, a incorporarlo en las charlas de café, del bar y de la comida familiar. Y, sobre todo, investigar siempre con la conciencia de que nuestra capacidad creativa debe de moverse en el ámbito de la construcción de datos significativos, de intentar llegar al lenguaje y las relaciones simbólicas, superando, sin olvidar, lo referencial y lo concreto. Los siguientes esquema, que manejamos en cada una de las partes de la propuesta, nos dan una idea básica de lo que buscamos (el para qué) y de cómo lo pensamos obtener (el cómo).

Devolución del diagnóstico / evaluación

El interés principal en esta etapa será la retroalimentación, el constatar que lo investigado, el diagnóstico, funciona como un espejo colectivo, qué tanto nos reconocemos y nos identificamos todos los implicados en esta construcción y qué tanto nos sirve y nos motiva para seguir en el proceso. Toda realidad, al ser una construcción, se puede presentar de manera positiva o de forma trágica. Aquí vale la pena decir que nuestra capacidad de positivar los resultados del diagnóstico da pie al buen ánimo en las etapas siguientes. Positivar no quiere decir adentrarnos en lo insustancial y ridículo de la “felizología”, es simplemente poder convertir las amenazas en oportunidades, las debilidades en fortalezas. Es darle vuelta al pesimismo de quien asegura que nada cambia nada; pesimismo que genera el inmovilismo existencial, mientras que positivar ayuda a la reflexión movilizadora. Por otro lado, al igual que es importante el fondo, es decir, lo textual de la investigación, es determinante lo formal de la devolución, entendiendo que fondo es forma y que forma es fondo, por lo mismo, otra vez la creatividad será básica en esta etapa, intentando que nuestro lenguaje técnico y nuestra apuesta por el rigor sean mucho menos importantes que la posibilidad de ser entendidos y sentidos por todos los implicados

Construcción de la metáfora colectiva

Al hablar de la metáfora en arquitectura y urbanismo nos referiremos a imágenes articuladoras de sentidos y significados donde se conozca y se reconozca la comunidad. Por lo mismo, lo que el profesional debe de buscar es la construcción de la metáfora colectiva, entendiendo que quizás al hablar de metáfora estamos hablando de las metáforas. Y es básico entender que “la arquitectura no es solamente un modo de elaboración material de una representación: al definir los lugares, los convierte en receptáculos de símbolos, y de ahí la riqueza de las significaciones simbólicas ligadas

a algunos tipos de edificios o de espacios habilitados (santuarios, sedes de los detentadores del poder, mercados, etc.) y más generalmente a la casa y los emplazamientos reservados para las diferentes actividades sociales” (Bonte, Izard, 1996).

Entraremos en el campo de las precisiones para establecer a qué nos referimos cuando hablamos de metáfora o, por lo menos, de qué no hablamos. De esta manera, lo primero es diferenciar la metáfora de los términos con que frecuentemente se la confunde. Así, vemos que la metonimia se queda más en campos de literalidad, mientras que la metáfora se vislumbra como un “deslizamiento del sentido literal al sentido figurado” (Ricoeur, 1975). De aquí la amplitud y utilidad de la metáfora ya que será la más rica de las formas de comparar, de simbolizar sabiendo que “la metáfora es capaz de extender el vocabulario, proporcionando un guía para nombrar objetos, u ofreciendo para los términos abstractos similitudes concretas” (Ricoeur, 1975). Por último, decir que la metáfora nos sirve de aglutinante, de una suerte de pegamento que junta sin confundirlos todos los factores que la investigación nos ha venido aportando, todas las voces que hemos venido sumando, pero no por una característica que se refiera a la simplificación sino, por el contrario, por su capacidad de ser imagen de la complejidad “y esto es lo que la distingue de la metonimia, pues mientras ésta pone de manifiesto ciertas conjunciones o similitudes, la metáfora sintetiza, superponiéndolos, campos conceptuales distintos” (Maillard, 1992).

La alegoría puede resultarnos útil como un primer paso, al igual que con la metonimia, donde podemos suponer que la metáfora es capaz de envolver y comprender toda la cadena significativa que ésta genera. Una alegoría bien puede ser un escalón y el trabajo con base a un conjunto de alegorías nos puede dar las claves para ir acercándonos a la metáfora ya que “la metáfora presenta un solo sentido verdadero, el figurado, mientras que la alegoría consiste en una proposición de doble sentido, literal y espiritual al mismo tiempo” (Fontanier, citado por Ricoeur, 1975).

El símbolo, o la imagen simbólica, también es una forma de acercamiento a nuestro objetivo, pero de igual forma son profundas las diferencias, ya que “la imagen simbólica requiere la intelectualización de la analogía, mientras que a la imagen metafórica le basta con despertar la imaginación o la sensibilidad. En la relación simbólica nunca se interrumpe el enlace que hay entre el significante del término que simboliza y el elemento simbolizado.” (Urban citado por Maillard, 1992). Es decir, la fuerza de la metáfora está en que se inscribe y toca los campos más fecundos y subjetivos de las aptitudes humanas, se potencia directamente en los campos de la creación y amplía su fuerza al ser un producto más de la sensibilidad que del raciocinio. Pero, curiosamente,

PARA QUÉ	CÓMO
Obtener: Percepciones: <ul style="list-style-type: none"> • Espaciales • Funcionales y tecnológicas • Formales Referentes arquitectónicos e identificaciones: <ul style="list-style-type: none"> • Históricos • Sociales • Culturales • Valorales Elementos simbólicos Elementos creativos	<ul style="list-style-type: none"> • Jugando todos a ser arquitectos. • Taller de reflexión recuperando lo expresado en la anterior etapa como metáfora colectiva. • Partiendo de la idea de que todos somos capaces de expresarnos en un dibujo, realizar un taller en que cada persona o familia o grupo de personas, dibuje como quiere que sea su casa, escuela, pueblo, colonia, plaza, iglesia, dependiendo del género arquitectónico o urbano al que se refiera. • A cada dibujante se le pide que explique su dibujo y los demás participantes y el técnico le pueden hacer preguntas y comentarios buscando obtener lo que apuntamos en la columna izquierda. • El técnico anota las claves que argumentan cuando explican su proyecto que son tanto o mas importantes que el dibujo en si. • Es mejor utilizar hojas grandes blancas (sin renglones o cuadrícula) y plumones o lápices de colores.

la misión de la metáfora es “presentar una idea bajo el signo de otras más incisivas o más conocidas” (Ricoeur, 1975), y esto nos ayuda a que la metáfora producida de manera colectiva sea de igual manera sentida y apropiada, pero también entendida y asimilada.

Consideramos a la metáfora y su potencial como el envolvente de significados, de símbolos, de alegorías, pero también como la expresión más acabada de los sueños colectivos, de las motivaciones y pulsiones vitales y como una forma adecuada de establecer lenguajes comunes en todos los implicados en el proceso de transformación y construcción del hábitat. Pero, como ya lo habíamos dicho anteriormente, la metáfora es así mismo “las metáforas”. En el proceso surgirá una gran variedad de metáforas, las cuales no se desdeñan sino se acumulan, se crecen, “en la metáfora no se reemplaza una imagen por otra, sino que, al ocupar ambas imágenes el mismo lugar, se efectúa la sincronización, evitando así la exclusión de cualquiera de ellas. Y no solamente no se excluyen, sino que se compenetran. La transferencia de los términos de la metáfora es siempre mutua” (Maillard, 1992). Pero ¿qué se requiere para esto de construir conjuntamente la metáfora colectiva? Básicamente querer hacerlo y buscar las herramientas adecuadas para lograrlo. Si partimos de que “nuestro sistema conceptual ordinario, en términos del cual pensamos y actuamos, es fundamentalmente de naturaleza metafórica” (Lakoff y Johnson, 1980), veremos que no es un nivel difícil por el cual transitar si además hacemos real un principio básico de la investigación participada que consiste en socializar los siguientes elementos:

- La información
- El saber.
 - La metodología.
 - La investigación.
 - La tecnología.
 - La posibilidad real de opinión.
 - Los recursos.
 - El compromiso.
- El poder de decisión
 - El proceso
 - La responsabilidad
 - El trabajo.
 - El éxito y / o el fracaso.
- La devolución y difusión de los resultados

Esto significa que parte constitutiva del trabajo es de transmisión e intercambio de conocimientos, de procesos educativos abiertos flexibles y horizontales, de compartir el poder y las decisiones para finalmente saber que los resultados de este trabajo deben ser devueltos a la gente, ya que son propiedad de todos los participantes, sin distinguir grados de implicación. Pero en esta construcción de la metáfora colectiva debemos librarnos de un riesgo grande: el de pensar que, porque está consensuado por la población, es ya una certeza; un punto inamovible de partida. Y es que además de lo factible que resulta argumentar que la democracia es la dictadura de la mayoría, o como decía Jorge Luis Borges simplemente “un engaño de la estadística”, sabemos que las voces más marginadas pueden ser, a veces, las más sensatas pero que, en definitiva, son de suma importancia. Podemos caer en la trampa de dar siempre la razón a la población, porque es lo que dice la gente.

Lo interesante de algunos movimientos no es que posean alguna verdad en particular, sino que pueden tener sensibilidad para levantar las necesidades más latentes. De aquí parte la importancia de concebir al experto como el espejo y el reflejo, la imagen y la posibilidad. Como el que introduce la reflexividad en los procesos, como el eterno preguntón, el que siempre vuelve a reflexionar sobre lo ya reflexionado, el que riza el rizo para tratar de encontrar los significantes que mejor signifiquen, los sentidos que más se sientan; la metáfora que nos envuelva y más nos evoque. Quizá entonces el reto más interesante de este trabajo es, al mismo tiempo que sistematizar la metáfora, el “ser capaces de pensar y de crear otro mundo donde sea posible preservar el valor y la autonomía de cada cultura o sistema explicativo, y que cada uno tome

PARA QUÉ	CÓMO
Obtener palabras generadoras	<ul style="list-style-type: none"> • Talleres de significados y símbolos a partir de las palabras claves: se dice una palabra, o se muestra una imagen, que es central en el proyecto y se trabaja con los participantes en la búsqueda de otras palabras, símbolos o alegorías que definan, delimiten o se refieran a la palabra o a la imagen y se agrupan en campos semánticos • Dinámicas conversacionales • En base a grupos de discusión se realiza el análisis del discurso y se establecen los campos semánticos y las cadenas metonímicas que se traduzcan en palabras generadoras (<i>keywords</i>)
Construir la metáfora colectiva	<ul style="list-style-type: none"> • Habiendo obtenido las palabras generadoras se trabaja en talleres donde se busque articular frases o imágenes que contemplen todos los campos semánticos definidos y que mejor representen la concepción colectiva del proyecto. Se puede llegar a una representación o a varias • Se da una lectura de todas las palabras generadoras y se busca que los participantes las sistematicen como imagen o como texto, se ponen en común y en común se llega al texto y / o a la imagen que mejor represente la visión colectiva.

respecto del otro el papel de insemador de metáforas: es decir de novedad y de creación.” (Najmanovich, 1995). Entendemos entonces que la metáfora es un lugar de encuentro, un momento del proceso donde todo confluye y se cierra para volver a abrirse:



La metáfora es, en este sentido, incluyente e intenta ser sintetizadora, pero es en sí misma abstracta y con esto queremos decir que es polisémica y multivocal, dialógicamente construida y multiautoral, con el riesgo y la posibilidad de ser interpretada de diversas maneras, ya que si pensamos que la realidad es una construcción individual, la metáfora ha de ser una construcción de las distintas construcciones que tenemos de la realidad. Por lo mismo, las diferentes realidades pueden ser compatibles pero no compartidas, la metáfora colectiva, por tanto, será la integración de las distintas realidades por su compatibilidad. De esta manera y como parte del proceso que a continuación describimos, la metáfora colectiva es la metáfora del oasis, del lugar de calma, de reposo para tomar fuerzas y seguir andando, para saber quiénes seguimos y en qué condiciones nos encontramos. Es el tiempo para evaluar, y esta evaluación será en términos de qué tanto la metáfora nos representa y nos presenta a todos.

Diseño participativo

Ésta es la parte lúdica por excelencia, la etapa del trabajo que debe ser desarrollada con más creatividad e innovación de herramientas. En donde lo fundamental es recoger de manera gráfica la percepción espacial de la gente. Es esencial partir de lo que nos haya aportado la etapa anterior, es decir, de la metáfora colectiva, de que los participantes la recuerden y vean en ella la premisa básica para la realización de sus esquemas y dibujos. Por tanto, conviene antes de iniciar el

ejercicio, recordar con la gente mediante una técnica de reflexión colectiva, que se definió como metáfora colectiva. Puede suceder que la metáfora no pueda ser utilizada directamente por la gente en la realización de sus dibujos. Esto no quiere decir que la metáfora no sirva, será el técnico entonces quien la recupere en el trabajo de diseño participativo. Es importante mencionar varios puntos de partida básicos:

- De mejor o peor manera, pero todas las personas saben dibujar y más o menos les gusta.
- Todas las personas entienden y son capaces de expresarse por medio de “mapas” o “planitos”
- Todas las personas son capaces de expresar sus anhelos espaciales en términos gráficos.
- Todos los dibujos dicen más de lo que parece.
- Así como se puede hacer y se hacen análisis de discursos, se pueden hacer análisis de imágenes.

De tal manera que esta etapa no sólo es divertida para el técnico, sino también para la gente y puede resultar muy fecunda por la cantidad de información que nos revela si somos capaces de pasar del lenguaje textual (lo explícito en el dibujo) al referencial (lo implícito) y a lo metafórico-simbólico. El producto –el dibujo– no debe ser visto como un proyecto, ni mucho menos pensar que lo que está plasmado está hecho de manera definitiva, proporcionada y a escala. O que lo importante será el reproducir ese esquema en planos arquitectónicos. Se trata más bien de entender cuánto de sueños, anhelos y motivaciones está expresado en ese dibujo, qué significa un techo inclinado, una ventana, un árbol, qué tiene de referencia con su ideal arquitectónico, qué tiene de simbólico, qué de historia personal, qué de cultural, cuánto de valorativo.

Cualquier elemento arquitectónico -pongamos por caso la puerta de entrada a una vivienda unifamiliar– además de servir como separador del espacio público y el privado, de barrera e invitación y de protección de la intimidad, tiene así mismo una forma que en su configuración hace referencia a identificaciones del habitante. El material, la textura y el color no son elementos aleatorios, son elementos simbólicos.

Anteproyecto

El anteproyecto, como lo hemos reiterado, es una de las partes cerradas del proceso; una etapa donde la participación no es recomendable ya que es la síntesis tanto de la metáfora colectiva, como de los talleres de diseño participativo y debe ser realizada por el equipo técnico, como se realiza normalmente cualquier anteproyecto. La gran diferencia es que aquí la creatividad del técnico parte de premisas aportadas por todos, aquí el técnico tiene los elementos suficientes para ser en verdad un traductor de los anhelos de la gente en términos de espacio. Su creatividad, por tanto, no se ve limitada sino incrementada, y sabe que lo que está haciendo lo realiza sobre terreno firme, pero en las alas de la creatividad.

Devolución del anteproyecto / evaluación

Como en todas las etapas de devolución, el interés principal será la retroalimentación, el cotejar que lo que el técnico está haciendo está relacionado con las expectativas de la comunidad. Lo específico en esta etapa será que el anteproyecto sea adecuado y propio a lo que la gente desea. Para tal efecto, lo fundamental es que nuestra propuesta sea entendida lo mejor posible, que sea asimilada y que exista una crítica a esta propuesta. La crítica, por fuerte que sea, no es desfavorable y será una constatación de que la gente se identifica y se ha introducido en la dinámica.

Proyecto

Recordemos que la evaluación, como todas, nos puede hacer regresar a etapas anteriores del proceso si resulta que la propuesta no responde a las expectativas de la comunidad. Entonces, se trata de sistematizar la crítica obtenida en la evaluación del anteproyecto e incorporarla, en la medida de lo posible, a la propuesta. Se trata, una vez más, de dar pasos sobre certezas. Además, esta etapa es casi del todo similar a la especificada como anteproyecto, pero en esta caso se deben incorporar cuestiones de costos, de volúmenes de material, es decir, se presenta igualmente una propuesta arquitectónica, incorporando lo obtenido en la etapa anterior y explicando qué no se

PARA QUÉ	CÓMO
<ul style="list-style-type: none"> • Evaluación • Identificación • Retroalimentación • Propuestas 	<p>Talleres de presentación de anteproyecto siguiendo los siguientes pasos:</p> <ul style="list-style-type: none"> • Dinámica conversacional que recupere entre todos los participantes la metáfora colectiva, es éste nuestro marco de referencia, los límites donde nos movemos, el espejo donde contrastamos nuestro anteproyecto. • Presentación del análisis hecho a los dibujos producto del taller de diseño participativo. • Presentación del anteproyecto de la manera más explícita posible. Dependiendo del caso; esquemas, planos, maquetas, perspectivas y cuando sea posible se recomienda por mucho el trazo en sitio y con la participación de la gente, de la propuesta a escala 1 : 1 • Después de explicado el anteproyecto, dejar que un miembro voluntario de la comunidad explique de nuevo el anteproyecto a los demás participantes en sus palabras, para saber qué tanto ha sido entendido éste. • Que cada participante dé su opinión de la propuesta de manera escrita o verbal. • Recoger todas las críticas.

incorporó y por qué y dando mayor énfasis a aspectos más pragmáticos y lo que éstos nos implican a todos: tiempo estimado de duración del programa, qué se espera como participación de la comunidad, qué recursos serán necesarios.

Presentación a la comunidad

La intención es que se evalúe la nueva propuesta con estos elementos más pragmáticos y, sobre todo, midiendo entre todos el tamaño real del trabajo en el que se está entrando, bajando a concretos y responsabilidades, a disposiciones e implicaciones, a compromisos. Las técnicas de presentación pueden ser muy similares que en el caso del anteproyecto, pero de esta etapa deben salir acuerdos claros y consensuados, no sólo del tipo arquitectónico, sino de compromisos y responsabilidades, de tiempos y recursos.

Proyecto ejecutivo

Ésta es una etapa donde el equipo técnico trabaja sobre las certezas obtenidas de la comunidad, pero, por ser la etapa más técnica, se desarrolla sin la participación activa de la comunidad. Lo importante es que cualquier cambio generado por alguna cuestión técnica sea informado de la manera más clara posible y consensuado por la comunidad. Es decir, se sigue dando una interacción, pero muy delimitada a momentos y espacios específicos. El proyecto ejecutivo se realiza con las mismas características que se haría bajo cualquier metodología.

Aunque hemos enfatizado el carácter semi-cerrado de esta etapa, es necesario tener abierto un proceso de transferencia tecnológica, es decir, que no sólo nuestra propuesta técnica haya incorporado el saber y el hacer constructivo de la comunidad, sino que de regreso, en la propuesta, la comunidad se vaya apropiando de las técnicas y los procesos tecnológicos que se están implementado. Que prevalezca en el trabajo específico y en la construcción de la obra un diálogo que enriquezca nuestras culturas constructivas.

Programación

Esta etapa depende de cómo se ejecutará el proyecto, si es hecho por la misma comunidad con autoconstrucción supervisada o es otro agente quien la realizará. De cualquier forma, se establece una programación en base a todo lo acordado respecto a compromisos y responsabilidades con la

comunidad. La programación se hace de forma realista, basada en los tiempos de la comunidad, en su calendario de trabajo, en sus disposiciones concretas, en sus fiestas y no a tiempos burocráticos, ajenos e irreales. El producto que se obtiene es una ruta crítica donde se incorporan los siguientes factores: calendario, actividades, insumos y recursos, económicos, materiales, de equipo y humanos. Todos estos factores se interrelacionan y, en este caso, es la comunidad quien debe marcar los ritmos y el equipo técnico quien valora estas propuestas y aporta desde sus conocimientos la propuesta.

Realización

Como ya lo hemos expresado, esta fase cobra su mayor sentido si es llevada a cabo por la comunidad y bajo la supervisión del equipo técnico. Si no es de esta manera, la comunidad debe nombrar una Comisión de Seguimiento, que vigile al constructor en el cumplimiento de todos los acuerdos: arquitectónicos, de costes, de tiempos y recursos. En caso de que sea la comunidad quien lleve a cabo la realización, se debe crear igualmente la Comisión de Seguimiento con las mismas funciones pero, en lugar de vigilar a un extraño, se deben vigilar a ellos mismos, se tienen que crear asambleas de informes periódicos. En esta etapa, recomendamos cuestiones de tipo operativas y éstas sólo se describen, ya que cada equipo técnico tendrá su propia forma de supervisar la obra. Lo importante es no perder de vista de que el equipo técnico es sólo eso —el equipo técnico— y no quien dirige el proceso, ni el capataz autorizado.

- No hacer ningún cambio por insignificante que sea sin avisar a la Comisión de Seguimiento. Si por razones operativas y de urgencia se hace un cambio, avisar de inmediato a dicha comisión y tomar la decisión con el mayor número de gente implicada que se pueda.
- No extralimitarse en funciones, por ejemplo, no manejar recursos económicos. En todo caso asesorar, pero no tomar esa responsabilidad. Es éste un proceso de transferencia de conocimientos y responsabilidades.
- Durante el proceso, hacer también una transferencia de tecnología, de tal manera que cosas tan lejanas como el cálculo estructural, sean colectivizadas con la gente implicada en el curso de la construcción, en la acción no en lo abstracto, en lo concreto y en lo útil.
- Adecuar las formas habituales de organizar la obra con sus propias formas de organización, trabajar con sus propias redes sociales y sistemas.

Plantearse como equipo técnico, desde un principio, dejar totalmente la obra en manos de la comunidad en el momento propicio. Esto no siempre es posible, depende del tipo de obra de la que se trata pero, en el caso de un programa de vivienda, se puede ir dando paulatinamente. Ya que se han terminado las viviendas suficientes y la comunidad maneja todo el proceso, el equipo técnico disminuye su intervención y su protagonismo, dejándole a la comunidad, de común acuerdo, las riendas de todo el programa. Lo importante no es que se solucione un problema (regalar el pescado), sino que la comunidad desarrolle su potencialidad para resolver en delante sus propios problemas (enseñar a pescar), es decir, que se logre la autosuficiencia en cuestiones de transformación del hábitat.

Evaluación final

La evaluación final puede seguir cualquiera de las técnicas que hemos planteado para las otras evaluaciones pero, en este caso, lo fundamental es verla de cara a programas futuros. Es la manera de cerrar la sistematización crítica que es un requisito indispensable en cualquier programa. Esta evaluación y la sistematización, por desgracia, casi nunca se dan y es un hecho que la mayoría de los programas no se cierran adecuadamente. La evaluación de todos los actores, la población, el equipo técnico y, si existiera, un organismo financiador, es el último regalo formal que nos hace la comunidad. Esta evaluación es la manera en que sabremos en qué medida se cumplieron los objetivos explícitos e implícitos, cuánto crecimos juntos, cuánto aprendimos, nos implicamos, qué de nosotros queda en ellos y de ellos en nosotros; es la manera de saber si nuestro trabajo tuvo sentido, es la recompensa y la crítica a nuestra dedicación y a nuestra pasión. Como última recomendación: acompañar esta evaluación por una fiesta de todos, un acto ritual, una última catarsis colectiva.



BIBLIOGRAFÍA

- Alguacil, J. y Montañés, M. (1999): “La participación ciudadana en la transformación del paisaje urbano”, en *El paisaje urbano en el marco de la sostenibilidad*, Segovia, AEP.
- Botey, J. M. (1999): *Arquitectura o Bits*, ponencia magistral en II Simposium de Centros Históricos. Casco antiguo y habitabilidad, Ayuntamiento Constitucional de Guadalajara. México.
- Dupuy, G. (1992): *El urbanismo de las redes, teorías y métodos*, Oikos-tau, Barcelona.
- Freire, P. (1970): *Pedagogía del oprimido*, Siglo XXI, Madrid.
- (1969): *Educación como práctica de la libertad*, Siglo XXI, Madrid.
- Lakoff, M. y Johnson, M. (1991): *Metáforas de la vida cotidiana*, Cátedra, Madrid.
- López de Cevallos, P. (1989): *Un método para la investigación-acción participativa*, Ed. Popular. Madrid.
- Maillard, C. (1992): *La creación por la metáfora: introducción a la razón-poética*, Anthropos, 1ª edición, Barcelona.
- Marchioni, M. (2000): *Planes comunitarios*, en ponencia en V Jornadas Internacionales “La investigación participativa para el desarrollo local”, Máster en Investigación Gestión y Desarrollo Local, Facultad de Sociología y Ciencias Políticas, Universidad Complutense de Madrid.
- Montañés, M. (2000): “Fundamentos que sustentan la necesidad de la participación conversacional en la transformación espacial”, en *Revista de documentación social*, nº 119, España.
- Morales, Á. (1999): “Tecnología alternativa para la vivienda en zonas indígenas”, en *Renglones, revista del Iteso*, nº 41-42, Guadalajara. México.
- Najmanovich, D. (1995): “El lenguaje de los vínculos. De la independencia absoluta a la autonomía relativa”, en Dabas, Elina y Najmanovich, Denise (compiladoras): *Redes: el lenguaje de los vínculos. Hacia la reconstrucción y el fortalecimiento de la sociedad civil*, Paidós Argentina.
- Navarro Pedreño, S. (1999): *De navegantes y cantos de sirenas: lo instituido frente a la seducción de lo vivencial colectivo*, II Jornada Servicios Sociales de Atención Primaria, ????
- Bonte, P. e Izard, M. (1996): *Diccionario Akal de etnología y antropología*, Akal, Madrid.
- Ricoeur, P. (1975): *La metáfora viva*, Ediciones Europa, Madrid.
- Sánchez de Madariaga, I. (1999): *Introducción al urbanismo, conceptos y métodos de la planificación urbana*, Alianza Editorial, Madrid.
- Villasante, T. R. (1998): “Planificación, participación y socio-praxis”, en *Cuatro redes para mejor vivir*, II tomo, Lumen Humanitas, Buenos Aires, Argentina.